

LA VERDAD

DIARIO CATÓLICO.

ANO II.

SANTANDER. — LÚNES 8 DE DICIEMBRE DE 1884.

NÚM. 564.

A LA INMACULADA CONCEPCION DE **María Santísima** MADRE DE DIOS Y DE LOS HOMBRES Y CELESTIAL PATRONA DE LAS ESPAÑAS.

¡Purísima Virgen y Madrel

En este día en que la Iglesia y el mundo católico celebran con himnos de regocijo y con fervorosas oraciones uno de los más grandes misterios de nuestra sacrosanta Religión, y al que con español orgullo presta obsequio preferente nuestra humilde razón, pues el arquetipo de la pureza no podía tomar carne en vaso impuro; en este día, Emperatriz gloriosa, dedicado á ensalzar vuestra Concepción inmaculada y vuestras celestiales virtudes, no puede, quien tenga la dicha de llamarse hijo vuestro, dejar de oír su voz en el concierto universal de vuestras alabanzas, y antes, Señora, quisiéramos que nuestra lengua se pegase al paladar, antes deseáramos perder nuestra existencia que dejar de dar elocuente aunque humilde testimonio de nuestro amor hácia Vos, Reina y Señora, de nuestra fé inquebrantable al dogma de vuestra Inmaculada Concepción, de nuestro profundo agradecimiento á vuestras celestiales bondades.

Reina y Señora:

El arte corona de estrellas vuestra purísima frente, calza vuestras benditas plantas con la luna, y cubre vuestro santísimo cuerpo con el azul de los cielos recamado de estrellas; pero el arte no puede ni podrá nunca describir vuestra alma, más pura que la azucena de los campos; más dulce que tibia y perfumada primavera; más llena de gracia que las de todas las criaturas, porque *el Señor es contigo y bendita eres entre todas las mujeres.*

Por esto, Señora, los pueblos han buscado en Vos el manantial de todas las mercedes y el consuelo á todos sus dolores; y por eso en todas partes, y en España muy particularmente, los Reyes grabaron vuestra Imagen en las banderas militares, el soldado os invoca entre el fragor de los combates, el marinero vuelve hácia Vos sus ojos en medio de la tempestad, el desvalido pide amparo á vuestras plantas y el poderoso eleva hasta vuestro trono, pronunciando vuestro dulcísimo nombre, la espresion de su agradecimiento por los favores con que le habeis honrado y protegido.

Tanto es vuestro poder y tan grande es vuestra bondad, que pudiera decirse que arrancais de la diestra del Omnipotente el rayo de su justicia forzándole á la misericordia.

Nada os puede ser negado por vuestro Hijo, porque Él conoce mejor que nadie vuestros éxtasis amorosos junto á la cuna del Niño, vuestra cruel agonía junto á la Cruz del Redentor; y por esto, Señora, el mundo os llama medianera entre Dios y los hombres, cáuce divino por el que desciende el torrente de las gracias celestiales, mensajera de paz *entre las iras del cielo y los pecados del mundo.*

Y ya que vuestro poder es tan grande, permitidnos, Señora, que en este vuestro día solemne, arrodillados ante vuestra Soberana presencia, elevemos hasta vos una súplica ardiente, pidiendo por vuestro conducto al Dios de las Misericordias:

Paz y victoria para su Iglesia.

Libertad é independencia para su Vicario.

Consuelo y ventura para esta España que os es tan querida y que tan profundamente os ama; para esta España católica que no acepta tratos con la impiedad y que desprecia los falsos respetos humanos.

Dignaos oír nuestras súplicas, Señora; las súplicas de estos vuestros hijos que antes quisieran perder la existencia, que dudar de vuestra pureza, porque no ignoran que vale más morir creyendo que vivir dudando.

LA REDACCION.

EL DIA GRANDE DE MARIA INMACULADA

De muy antiguo viene siendo el culto y veneracion á la Sma. Virgen María, objeto predilecto de los pueblos católicos; y puede decirse con harta verdad, que ese culto, esa veneracion á María, tan antiguos son en el mundo, como el hombre. No exageramos.

Preconizada la Virgen por excelencia, por el mismo Criador y reparador del linage humano, en medio de la terrible catastrofe del Eden, cuando al herir y sanar á un mismo tiempo al hombre, cual siempre su amor lo hace, fulminara el más severo de los decretos, envuelto en el más misericordioso de todos los indultos; columbróse ya aquella semilla de bendicion, que debía quebrantar la cabeza de la serpiente infernal, y acogiendo á ella con la mayor ansia nuestros infortunados padres, pudieron trasmitirnos con la mortífera ponzoña este reparador antidoto. Sus miserios descendientes y los pueblos que de ellos se formaron, ora hayan conservado en toda su pureza el depósito de la revelacion primitiva, y las costumbres patriarcales, ora la hayan trasvertido ó falsificado con el tupido velo de la mitología gentilica, ello es cierto que todos tributaron espontáneamente, y aún algunos inconscientemente, culto y veneracion á la futura Madre del Redentor, á María Inmaculada. Testigos los vaticinios de los patriarcas y de los profetas, los oráculos de Delfos y Dodona, los geroglíficos de los Chinos y de los egipcios, las famosas sentencias de las Sibillas que adornan los pavimentos y cúpulas de nuestras basílicas, y los anales de todos los pueblos orientales y occidentales.

Nuestra historia patria nos ofrece en sus brillantes páginas, testimonios irrefragables, monumentos preciosos, desde la más remota antigüedad, destinados á enaltecer y perpetuar la devocion y el culto de los españoles á María en el misterio de su Purísima Concepcion. Recorramos, siquiera sea ligeramente, nuestros anales tanto sagrados como profanos y hallaremos comprobadas nuestras aseveraciones. Comenzaremos por decir que, segun gravísimos autores, la milagrosa imagen de María, que veneramos sobre el Pilar de Zaragoza, era invocada por los primitivos cristianos, bajo el título de la purísima Concepcion. Por desgracia, las sangrientas persecuciones con que los próconsules romanos pretendieron extinguir la fé nascente de esta gran nacion, no permitieron á nuestros mayores legar á la posteridad más monumentos auténticos de aquellos tiempos. Pero despues de tres siglos de opresion y tiranía pagana, volvieron á respirar los fieles con la paz que el gran Constantino dá á la Iglesia, y á fines del siglo IV y principios del V, Marco Máximo, Arzobispo de Zaragoza, y Paulo Orosio, entre otros muchos, atestiguan que se celebraba ya en España la festividad de la Concepcion.

Pero cuando esta devocion tomó un inmenso incremento fué en el siglo VII con los luminosos escritos y resplandecientes virtudes de los ínclitos varones Isidoro de Sevilla é Ildefonso de Toledo de los cuales el uno dió á luz el precioso ritual aprobado por el concilio IV de la ciudad levítica, origen de la celeberrima liturgia muzarabe, que contenia un oficio con octava de la Purísima Concepcion; y el otro tributó á María tantas glorias cuantas líneas escribiera, y cuantas palabras pronunciara en la cátedra del Espíritu Santo, mereciendo recibir en premio de la celestial Señora una gratísima recompensa.

El concilio undécimo de la primada de España al aprobar la doctrina de este varon eminente, se complace en rendir nuevos homenajes á la Concepcion Inmaculada. El código visigodo ó fuero juzgo al señalar los dias que debian guardarse como festivos por los judíos y su servidumbre, coloca en primer lugar la fiesta de la Inmaculada Concepcion de la Virgen María.

Pero llega el siglo octavo en el que el horizonte de la Iglesia española se eclipsa y desaparece el benéfico y radiante sol de la fé, merced á la tremenda irrupcion mahometana. Los enemigos del nombre cristiano hallan abiertas las puertas de la Bética, y se lanzan como tigres carnívoros sobre la misma España; pisan, conculcan y talan el antiguo solar católico; profanan los templos, derriban los altares hasta que por misericordia divina el insigne D. Pelayo levanta en un rincón de Asturias el estandarte de España y de María, y con un puñado de valientes que le siguen acomete, aterra y pone en vergonzosa fuga á las orgullosas falanjes sarracenas). Pelayo vence: María triunfa. ¡Honor á María!

Despues de la brillante victoria de Covadonga nuestros católicos monarcas van conquistando su reino bajo la gloriosa égida de la Inmaculada. El santo rey Fernando III

tomada Úbeda deja para su defensa una imagen de la Purísima Virgen, con una misa dotada por su magnificencia, y más tarde los reyes católicos, durante el sitio de Granada, aconsejado por el incomparable Cisneros siguieron fomentando con cristiano entusiasmo, en los pueblos de su monarquía una devocion tan tierna como cara á sus católicos vasallos.

No hablaremos del celo y piedad de los monarcas cuyos más ó menos gloriosos hechos nos revelan las páginas de nuestra historia moderna; ni de los Felipes de la casa de Austria, ni de Fernando VI de Borbon, que fueron devotísimos de este misterio, é hicieron notables esfuerzos en favor de su definicion dogmática y solo consignaremos el nombre de Carlos III, (no queriendo recordar en este instante sus hechos de funesta memoria) en cuyo tiempo se consiguió del Pontífice Clemente XIII, entre otros favores, el de que declarase á la Virgen Inmaculada patrona universal de España é Indias, instituyendo aquel monarca la distinguida orden, que, con su nombre, lleva el de la Purísima Concepcion.

Continuaba y aumentábase prodigiosamente, en España especialmente, el fervor de la piadosa creencia en la pureza original de María, y á mediados del siglo del vapor y de la electricidad clamaba y agitábase el orbe católico por la tan suspirada definicion dogmática, que reservada estaba ésta para su eterna gloria al inmortal Pio IX, el cual despues de haber agotado cuantas medidas dicta la más recta prudencia cristiana y la más viva fé, el dia 8 de Diciembre de 1854, inspirado por el cielo, en presencia de más de doscientos prelados de diferentes naciones reunidos en la ciudad eterna, y sobre la tumba del príncipe de los apóstoles declaró, falló y definió dogma de fé que la Beatísima Virgen María fué preservada inmune de toda mancha de pecado original. «María es Inmaculada» dijo el inmortal Pontífice y con torrentes de armonías repitieron sus palabras los ángeles del cielo y los justos de la tierra; «Inmaculada es María!» repitió el eco en los montes y en los valles y las ondas del mar trasmitieron este grito santo á nuevos mundos para consuelo de todos sus habitantes,

Si; el 8 de Diciembre de 1854 fué el gran dia de la coronacion de María sobre la tierra, y al paso que los ángeles y los Santos lo celebraban en la celestial morada, trescientos millones de católicos, unidos al centro de la verdad, lo celebraban tambien en todas las regiones del globo. Nuestra católica España como siempre, fué la que más se distinguió en preparar festejos y ovaciones en obsequio de la Purísima María. La poesía, la música y la arquitectura agotaron todos sus recursos en celebridad de tan fausto acontecimiento, deseado por largos siglos. Ahí están esas brillantes composiciones poéticas, esos himnos de honor dedicados á la Inmaculada, esos monumentos erigidos en varios pueblos, en los templos especialmente de nuestra península. Ahí está sobre todo aquella soberbia columna de mármol levantada en la capital del orbe católico, en la plaza llamada de España, coronada con una hermosísima estatua de bronce, fabricada con todo el primor del arte á espensas de los españoles y representando á María. Monumentos son estos, que llevarán á los siglos del porvenir una relacion exacta de la innata propension, del acendrado amor de los hijos de la Iberia hácia su Madre Inmaculada de cuya bondad pueden prometerse toda suerte de felicidades.

Confíemos en la Reina del Cielo, y bajo su proteccion, además de otros señalados favores, conseguiremos el de la conservacion de nuestra fé, que cual árbol fecundo estenderá sobre este suelo feliz, su frondoso ramaje á cuya sombra deliciosa hallaremos el verdadero solaz y descanso que la incredulidad, el filosofismo, la impiedad jamás podrán darnos, sin embargo, de las vanas promesas de ficticia prosperidad de que hace alarde. Desgraciadamente no podemos ya gloriarnos de poseer la preciosísima prerogativa de la unidad religiosa, que hizo en otro tiempo grande y eminentemente católica á nuestra hoy desventurada patria. Pero, lo repetimos una vez mas, aún hay fé en España. Todavía se cuentan en esta tierra clásica de lealtad y amor á la Iglesia de Jesucristo, muchos millones de católicos que á semejanza de los ínclitos Macabeos nada estiman más que su ley santa y las creencias de sus mayores. Vivan estas firmemente arraigadas en nuestros corazones. No degeneremos del glorioso nombre de católicos, de católicos españoles, que felizmente nos distingue, y así podremos prometernos con toda seguridad la amorosa proteccion de nuestra Madre Inmaculada, proteccion ejercida de un modo ostensible en esta su predilecta nacion, en lo pasado, prodiga-

da palpablemente en lo presente, y garantida dulcemente para lo porvenir.

F. J. G. de S.

A LA PURISIMA CONCEPCION DE MARIA.

A todos los espíritus amantes, que en círculo de luz inaccesible forman anfiteatros celestiales, dejó el padre comun, ya no terrible fibrando rayos vengativos, antes con manso aspecto, grato á los mortales: «Ya es tiempo de admitir á los umbrales del reino eterno los del bajo mundo, que su gemido y su miseria vence y porque la gran obra se comience, muestre la idea del saber profundo su concepto fecundo, la preservada esposa; que en saliendo, el pacífico cetro de oro extendiendo.

»Con general aplauso el universo se disponga á su próspera mudanza. El Líbano sus cumbres aperciba, para el cedro gentil, nueva esperanza, que por mis manos fabricado y terso, arca ha de ser incorruptible y viva. En santos resplandores se conciba, aunque de humanos padres; que el rocío al vellocino místico dos veces fiel, que pidió el más fuerte de los jueces, mas abundante la tercera envió; y otra el caudillo mio vea la zarza ardiendo, y que las llamas guarden fé á la verdura de sus ramas. »Que todo ha de ser luz, todo pureza; instante de tiniebla, instante de ira no le ha de haber en mi divina esposa. Para ella el mar sus ímpetus retira, el mar comun de la naturaleza en forma de muralla prodigiosa.

»Sigue el orden del tiempo; mas reposa desde la eternidad en estos techos, por donde, sin que cosa se lo estorbe, discurre por las fábricas del orbe, su trabazon y vínculos estrechos, con que por mí están hechos, considera y entiende; y en sus cumbres asiste, y se corona de sus lumbres.

Tal conviene que sea el trono augusto que ha de ocupar el vencedor eterno, la púrpura real, de que se viste, armas que han de poner yugo al infierno, encadenando al poseor injusto, no participen del origen triste.» Dijo; y el serafín puro que asiste á la altísima silla más vecino despide alegre músicos acentos, responden luego voces é instrumentos, suena todo el palacio cristalino; el júbilo divino pasó al limbo, y al fin se parecia que la naturaleza se reía.

Vióse por las regiones altas luego mover las plumas candidas luciente, descendiendo á la tierra, el ángel santo, como tal vez exhalacion ardiente, dejando surcos rápidos de fuego, á los ojos humanos pone espanto.

Y con divino (aunque corpóreo manto al uno y otro estéril se presenta, progenitores tuyos, Virgen Madre, y el gran decreto del eterno Padre (venerándolos ya por tí) les cuenta. Así de culpa exenta veniste al mundo, hija de tu Hijo, del designio de Dios término fijo.

Pero ya es bien que de la nube oscura de alabanzas mortales saques, oh sol divino, tu luz pura, y á nuestro estilo y versos desiguales, (sombra que se le opuso) sacro silencio y éxtasis suceda; que del discurso suspendiendo el uso, levanta el alma á la tercera rueda.

Bartolomé Leonardo de Argensola.

SONETOS.

Ni sois vos, Virgen santa y escogida, un Dios que rige al estrellado velo, ni sois tampoco vos el mismo cielo, no luna, sol, ó estrella conocida.

Ni sois tampoco vos la misma vida, no ángel de ligero y presto vuelo, ni como cosa buena acá del suelo, por mas bella que sea y mas lucida.

Digo lo que no sois, porque deciros lo que sois, imposible me parece; á Dios es reservado tal tesoro.

Solo el que solo pudo producir, á quien toda esta máquina obedece, Podrá decir de vos bocados de oro.

Fray Alvaro de Hinojosa.

Baja venciendo la region del trueno el alma de la Virgen inocente, y vestida de luces blandamente del ángel nubla el resplandor sereno.

Pasar le impide con letal veneno, que entre humo arroja la infernal serpiente; Miguel gallardo el arma reluciente blande al instante de coraje lleno.

De la espada á la fúlgida centella huye la astuta, cual de aliento escasa cayó del trono en que el Señor destella.

El Arcángel de nuevo la traspasa y la tiende á los piés de la doncella, quien la cabeza le conculca y pasa.

José Sebastian Segura.

(Vertido del italiano.)

Si está del sol vestida y adornada la que nació el eterno sol en ella, si con sus plantas á la luna huella por unas pintas de que está manchada;

Y si tambien de estrellas coronada San Juan vió esta bellísima doncella, cuál será el cuerpo, cuál el alma della, cosa es de los mortales no alcanzada.

Si los ángeles puros siempre han sido, y por reina la adoran con profundo acatamiento, ¿quién, en su entereza,

De los hombres habrá tan atrevido, que ponga mancha, pues confiesa el mundo que no hay bajo de Dios igual pureza?

Damian de Vegas.

PLEGARIA

A LA VIRGEN MARIA.

Señora; si el génio estalla, en la frente comprimido. dando al corazon herido ardor, cuando gime ó calla; si la infranqueable valla, que el fiero dolor embota, salta, en mil pedazos rota, á su acento poderoso, que hace vibrar sonoro una idea en cada nota;

Si en delirio arrebatado, sube audaz al alto cielo, para descorrer el velo de lo eterno y lo pasado; y sobre el mundo encumbrado con la fé, que en sí atesora, pulsa el arpa trovadora, preludiando una armonía; vuestro es su acento, María, Vos le inspirásteis, Señora.

Vos, que alentais en la hoguera al mártir, que no se abate, y excitais para el combate al héroe, que en Vos espera; Vos, que en la azulada esfera, ciñendo estrellas por manto, iluminais, fero santo, los abismos de la vida, trocando, Madre querida, en gozo, nuestro quebranto;

Dad á esta España, que un dia os aclamó su patrona, arrojándoos su corona de brillante pedrería; dáda, os suplico, María, que en vuestro amor armonice y que el culto divinice en vuestro loor, gozosa, que hoy «Reina y madre amorosa» os aclama... y os bendice.

Gabino Gutierrez Gomez.